

OECD Insights
**Sustainable Development: Linking Economy,
Society, environment**

Summary in English

Percepciones de la OCDE

Desarrollo sostenible: vincular la economía, la sociedad, el medio ambiente

Resumen en español

- En estos días, en todos lados vemos la expresión “desarrollo sostenible”; pero, ¿qué es lo que significa en realidad? ¿Cómo influyen la producción y el consumo en la sostenibilidad? ¿La globalización de la economía está obstaculizándola o está ayudándole? ¿La sostenibilidad puede medirse con los instrumentos tradicionales del análisis económico? ¿Qué pueden hacer los gobiernos, las empresas y los ciudadanos para fomentarla?
- Este libro de la serie *Percepciones de la OCDE* aborda estas preguntas y presenta las ideas, los temas y las tendencias que configuran nuestro pensamiento sobre la sostenibilidad. Plantea que aunque en muchos casos fundamentalmente se relaciona a este concepto con el medio ambiente, la sostenibilidad de hecho consiste en utilizar al desarrollo económico para promover una sociedad más justa al tiempo que se respetan los ecosistemas y los recursos naturales.
- Ésta no es una tarea fácil, y las elecciones que nosotros como ciudadanos o nuestros gobiernos deben hacer generalmente implican ventajas y desventajas. *Desarrollo Sostenible* esboza estas dificultades e indica qué puede hacerse para resolverlas.

¿Lo sabía?

- En el mundo en desarrollo, una de cada cuatro personas vive en pobreza absoluta.
- Cada año se venden mil millones de teléfonos celulares y el usuario típico cambia de modelo cada 18-24 meses.
- Se necesitan 2,400 litros de agua para elaborar una hamburguesa.

El término desarrollo sostenible empezó a gozar de amplia aceptación a finales de la década de 1980, después de que apareciera en *Nuestro futuro común*, también conocido como el *Informe Brundtland*. El resultado de una comisión convocada por las Naciones Unidas, creada para proponer un “programa mundial para el cambio” en el concepto y en las prácticas de desarrollo; el informe señaló la urgencia de volver a considerar nuestras formas de vida y de gobernar.

Dos puntos son indispensables para el desarrollo sostenible. Primero, comprender que el crecimiento económico solo no basta para resolver los problemas del planeta: los aspectos económicos, sociales y ambientales de cualquier actividad están vinculados. Considerar únicamente uno de ellos a la vez da por resultado errores de juicio y de resultados “insostenibles”. Concentrarse sólo en los márgenes de utilidad, por ejemplo, históricamente ha causado daños sociales y ambientales que en el largo plazo le cuestan a la sociedad. Pero cuidar del medio ambiente y proporcionar los servicios que necesita la ciudadanía depende de los recursos económicos, al menos en forma parcial.

Segundo, la naturaleza intervencional del desarrollo sostenible requiere que se trasciendan fronteras, ya sean geográficas o institucionales, para coordinar estrategias y tomar decisiones adecuadas. Los problemas rara vez están circunscritos a jurisdicciones definidas previamente como una dependencia del gobierno o un vecindario particular; y las soluciones inteligentes exigen que haya cooperación como parte del proceso decisorio.

En el núcleo del desarrollo sostenible está la necesidad de considerar “tres pilares” *juntos*: la sociedad, la economía y el medio ambiente. No importa el contexto, la idea elemental sigue siendo la misma: la gente, los hábitats y los sistemas económicos están interrelacionados. Podemos ignorar esa interdependencia durante algunos años o decenios, pero la historia ha demostrado que pronto algún tipo de alarma o de crisis hará que la recordemos.

El contexto histórico, económico, social y político de cada país es único en su género, pero los principios básicos del desarrollo sostenible aplican a todos. El crecimiento económico es indispensable; pero el crecimiento solo, sin entender todos los factores que contribuyen al bienestar, no reduce la pobreza en forma duradera. El crecimiento económico generalmente se correlaciona con mejoras totales en la calidad de vida, en niveles académicos más altos y en la esperanza de vida a nivel nacional; pero eso no nos dice cómo se logra ese crecimiento, si es o no duradero y quién se beneficia o se queda rezagado.

Valores materiales y no materiales

Vivimos en una sociedad en la que el crecimiento y la actividad económica han sido la prioridad dominante durante mucho tiempo. El producto interno bruto (PIB) mundial ha crecido de aproximadamente \$16 billones de dólares a mediados de la década de 1970 a más de \$40

billones de dólares en la actualidad. Las compañías están produciendo en masa más de todo e inventando siempre nuevos productos. Aunque la pobreza y la necesidad siguen existiendo, casi toda la gente de los países de la OCDE disfruta de un nivel de vida que les permite gastar parte de sus ingresos en bienes y servicios después de cubrir sus gastos de comida, alojamiento, vestido y otros aspectos básicos.

Asignar un valor a cosas que anteriormente estaban excluidas de los sistemas de contabilidad, elaboración de presupuestos y medición es un franco desafío. Por ejemplo, no es fácil darle un valor a los recursos naturales. Para algunos, como los bosques, podemos calcular el valor de lo que se produce porque se compra y se vende y, por consiguiente, tiene un valor monetario. Sin embargo, saber el precio de la madera no nos dice nada sobre su valor para compensar las emisiones de dióxido de carbono (CO₂), su función para proteger la biodiversidad o su valor espiritual y cultural para los pueblos cuya forma de vida depende de ésta.

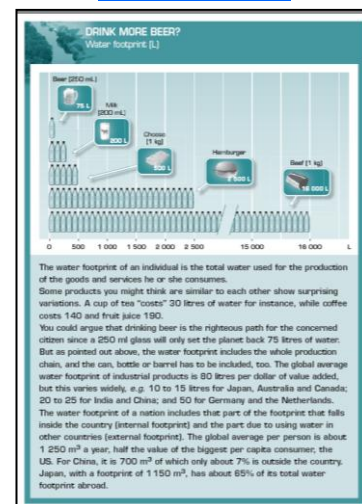
Es poco probable que las tendencias en los patrones mundiales de producción y de consumo cambien en forma considerable. Los bienes se están abaratando y se les transporta en cantidades cada vez más grandes de un lado a otro del mundo. La tecnología podría reducir algunos de los efectos negativos sobre la sostenibilidad, pero creará otros; y las mejoras tecnológicas a menudo son rebasadas por el crecimiento en el consumo. Por ejemplo, los automóviles ahora tienen un mayor rendimiento de combustible que antes; pero la contaminación atmosférica ha empeorado porque mucha gente tiene un vehículo.

La experiencia de los últimos decenios ha demostrado que surtir productos sostenibles al mercado de nicho de los consumidores “ecológicos” o del “comercio justo” no basta para cambiar los patrones en una escala más grande; aunque ha sido un factor importante para mover a los productores y a los consumidores en una nueva dirección.

Más personas están conscientes del efecto que tienen sus elecciones en el mundo que los rodea. Los problemas propios del consumo insostenible —como el costo de la gasolina—, han empezado a afectar al consumidor típico en formas más específicas. Por consiguiente, una cantidad cada vez mayor de consumidores está empezando a hacer preguntas importantes sobre qué comprar: cuánto desperdicio crea el producto y su empaque; cuánta agua, energía y otros recursos se destinan a su producción (y a su eliminación); y en qué condiciones viven y trabajan las personas que los producen.

Los fabricantes están diseñando más productos que atraigan por sus cualidades estéticas y su facilidad de uso, así como por su sostenibilidad ecológica y social. Los cambios en el conocimiento de los consumidores y en la proliferación de más productos y servicios sostenibles durante los últimos años son alentadores. Algunos críticos y defensores del consumidor hacen notar precisamente que parte de esto es “chapucear” o “ecologizar la contaminación” Los productos que afirman no ser nocivos para el medio ambiente pueden parecerlo mucho menos una vez que uno lee atentamente la lista de ingredientes o que analiza el ciclo completo de vida del producto. El hecho de que

¿Beber más cerveza? Huella hídrica (L)



más personas y negocios reconozcan e incluso deseen aprovechar ese conocimiento demuestra el creciente atractivo popular de la sostenibilidad.

Medir la sostenibilidad: ¿qué debemos contar y cuándo?

A primera vista, medir el desarrollo sostenible parece imposible. El tema es tan vasto y tantas las influencias, el cambio climático, el cuidado de los niños, la ética comercial, la política del gobierno, las tendencias de los consumidores, por nombrar sólo algunas. Sabemos que el desarrollo sostenible incluye variables económicas, sociales y ambientales que deben medirse, sin excepción, en cierto grado. Existe un caudal de indicadores, desde las mediciones macroeconómicas tradicionales como el producto nacional bruto (PNB) y la productividad; hasta los indicadores ambientales, como el consumo de agua y las emisiones; hasta las estadísticas sociales, como la esperanza de vida y el nivel de instrucción académica. Pero, ¿cuáles son los indicadores más importantes para el desarrollo sostenible?

El tema se vuelve incluso más complejo porque además de ser multidimensional, el desarrollo sostenible es un concepto dinámico. Cuantificarlo exige manipular varios parámetros incluidas las perspectivas de tiempo. Los fenómenos económicos, sociales y ambientales operan a diferentes ritmos entre sí. Consideremos la economía: si uno planifica un proyecto de energía muy importante, se debe pensar al menos 50 años adelante; pero si uno se aprovecha de los mercados financieros, los nanosegundos que tarda la información sobre precios en pasar de una divisa a otra pueden significar pérdidas o ganancias considerables. El medio ambiente demuestra cómo el ritmo del cambio de pronto puede precipitarse, como cuando las reservas de peces desaparecen rápidamente después de disminuir poco a poco durante años.

Además, debemos tener en cuenta que el desarrollo sostenible es un proceso que vincula lo sucedido en el pasado con lo que estamos haciendo ahora; lo que a su vez influye en las opciones y resultados del futuro. Y crear mediciones no es un ejercicio estrictamente estadístico ni técnico. Afecta dos áreas muy sensibles para cualquier sociedad: la rendición de cuentas del gobierno y la participación social. Medir el progreso del desarrollo sostenible con información digna de confianza es un elemento decisivo del proceso democrático. Hace más responsables a los gobiernos y a la gente le proporciona una herramienta para que participe de manera más activa en la definición y en la evaluación de metas normativas.

La idea fundamental del desarrollo sostenible es la vinculación entre el bienestar de la generación actual y el bienestar de las futuras generaciones. Para establecer esa conexión podemos usar el “Enfoque de Capital” un sistema para medir el desarrollo sostenible que opera sobre el principio de que mantener el bienestar a lo largo del tiempo exige garantizar que se restituya o se conserve la riqueza en sus diferentes componentes.

Con este modelo, la base de capital total de una sociedad comprende cinco tipos individuales:

- *capital financiero* como acciones, bonos y depósitos en divisas;
- *capital producido* como maquinaria, inmuebles, telecomunicaciones e infraestructura de otros tipos;
- *capital natural* en la forma de recursos naturales, tierra y ecosistemas que proporcionen servicios como la absorción de residuos;
- *capital humano* en la forma de una fuerza laboral sana y con instrucción académica,
- *capital social* en la forma de instituciones y redes sociales.

Concebir estas distintas formas de capital como insumos para la producción del bienestar nos permite calcular la riqueza nacional así como el total de los distintos tipos de capital.

La gobernabilidad de la incertidumbre

Los medios de comunicación a menudo destacan el papel de las empresas y de los individuos en el desarrollo sostenible; pero los gobiernos pueden influir mucho más que incluso la multinacional más grande. Su capacidad para influir en las conductas y para coordinar las tareas puede generar un cambio radical que produzca resultados importantes. Hallar las herramientas normativas adecuadas para fomentar prácticas de consumo y de producción beneficiosas y evitar la duplicación parcial y la inconsistencia es uno de los desafíos más grandes que enfrentan los gobiernos. Convencer a los productores y a los consumidores de que cambiar no siempre es la forma más eficaz de resolver los problemas; tampoco basta para generar un cambio suficientemente considerable en una escala bastante grande. El consumidor o el productor individual en general tienen poco poder para cambiar las cosas o interés para hacerlo. Sin embargo, los gobiernos tienen la enorme ventaja de poder legislar y de imponer reglamentos. Una solución a su disposición es simplemente prohibir los productos y las conductas que considere sean más malas que buenas. Eso es lo que sucedió con el clorofluorocarburo (CFC, por sus siglas en inglés: gases usados en refrigeradores y en aerosoles) que estaban dañando la capa de ozono. Los impuestos por dañar al medio ambiente (“verdes” o “ecoimpuestos” y el comercio de las emisiones también pueden ser instrumentos eficaces. Pueden obligar a quienes contaminan (productores o consumidores) a tomar en cuenta los costos de la contaminación y pueden ayudar a disminuir la demanda de productos nocivos. El “impuesto al plástico” decretado por Irlanda en el 2002 dio por resultado una reducción del 90% en el uso de bolsas de plástico.

Los gobiernos realizan una serie de tareas que pueden contribuir al desarrollo sostenible. Mediante el análisis y la recopilación de datos, la formulación de políticas y la coordinación que efectúan, pueden

proporcionar apoyo y liderazgo para que la sociedad se mueva en una dirección dada. Pueden hacer que los intereses individuales no le resten valor al bien común. Los gobiernos también intervienen para resolver lo que los economistas denominan “fallas del mercado”, situaciones en que las fuerzas del mercado solas no producen el resultado más eficiente. Y dada la naturaleza global de muchos de los desafíos que enfrenta la sostenibilidad, las naciones deben cooperar en los niveles más altos para diseñar y para aplicar soluciones. Los gobiernos nacionales tienen la autoridad y el poder para hacerlo. También poseen los medios para garantizar que las decisiones se apliquen.

Al describir el papel del gobierno, es fácil dar la impresión de que la gobernabilidad para el desarrollo sostenible consiste meramente en identificar objetivos y luego en aplicar una serie de medidas e instaurar órganos para que las supervisen. No es así. Casi cada aspecto de la economía, de la sociedad y de los recursos físicos de los que, en última instancia, dependen, influye en la sostenibilidad. Los resultados están en función de una cantidad infinita de interacciones que trabajan con distintas escalas de tiempo de importancia variable. Ningún modelo, por sólido que sea; ninguna previsión, por penetrante que sea pueden decirnos todo lo que quisiéramos saber. Los gobiernos que intentan aplicar la sostenibilidad tienen que lidiar con esta incertidumbre. No sólo sus metas, sino las estrategias y los instrumentos usados para alcanzarlas también deben ser sostenibles. Deben ser bastante rigurosos para ser eficaces, pero también ser suficientemente flexibles para adaptarse conforme las circunstancias y las prioridades evolucionen. En medio de la incertidumbre, la misma gobernabilidad debe ser sostenible.

El informe completo puede consultarse en www.oecd.org/insights

Este resumen contiene **StatLinks**, un servicio que entrega archivos ExcelTM desde la página impresa.

© OCDE 2008

Este resumen no es una traducción oficial de la OCDE.

Se autoriza la reproducción de este resumen siempre y cuando se mencionen el título de la publicación original y los derechos de la OCDE.

Los resúmenes multilingües son traducciones de extractos de publicaciones de la OCDE editados originalmente en inglés y en francés.

Pueden obtenerse en forma gratuita en la OECD Online Bookshop www.oecd.org/bookshop/

Si desea más información, comuníquese con la Unidad de Derechos y Traducciones, Dirección de Asuntos Públicos y Comunicación de la OCDE en: rights@oecd.org o por fax: +33 (0)1 45 24 99 30

Unidad de Derechos y Traducciones de la OCDE (PAC)
2 rue André-Pascal, 75116
París, Francia

Visite nuestro sitio www.oecd.org/rights/

